



DOÑA VIOLANTE DE SEGOVIA.

Curioso y verdadero romance, en que se refiere el origen de una hermosa dama, llamada Doña Violante, la cual siendo casada se enamoró de un mancebo, á quien dió entrada en su casa, haciéndole adulterio á su marido; por cuya ocasion dió muerte alevosa el galan á un amigo suyo, y del modo que se supo este caso, siendo preso el matador, y ella tuvo que retirarse á un convento, hasta que ordenó el cielo su infeliz muerte.

PRIMERA PARTE.

La fama en ecos acordes,
 interrumpiendo el silencio,
 con velocidad en sí misma,
 lleve por el universo
 la noticia, porque pueda
 servirle á muchos de ejemplo
 este caso lastimoso,
 y suceso verdadero,
 que en la ciudad de Segovia,
 en quien el dorado febo,

como en un espejo claro,
 ve de su ser lo perfecto:
 En esta ciudad ilustre
 sucedió un caso estupendo,
 digno de eterna memoria
 á los siglos venideros;
 y fue que una hermosa niña,
 vivo retrato de Venus,
 y un tierno infante su hermano,
 de nobles padres nacieron;

criáronse con regalo,
y aunque sus nombres pretendo
referir, será de suerte,
que se dude al conocerlos,
porque tengo el apellido
de caliarlo, que no quiero
aumentarle á sus parientes
con la afrenta el sentimiento.
Así que tuvo tres lustros,
poco mas ó poco menos,
aquesta niña, sus padres
en estado la pusieron,
casándola con un mozo
noble, galan y discreto.
Vivió alegre cuatro años
con su esposo; y el sobervio
lucifer, por deshacer
de esta union el lazo estrecho,
hizo que Doña Violante
admitiese el galanteo
de un Don Francisco, que fue
causa de su fin sangriento.
Y llegó á obrar en los dos
con tanta violencia el fuego
del amor, que si no fuera
incendio que arde encubierto,
no dudo te hubiera visto
Troya abreviada en dos pechos,
que así me lo da á entender
los procedidos efectos,
que en los dos ocasionó
aquel dragon del infierno.
Hablabanse con la pluma,
entendiéndose leyendo,
y porque Don Juan solia
en conversacion ó juego
divertirse á prima noche
fuera de casa, queriendo
su ingrata esposa lograr
con su amante sus deseos,
le dió aviso, y citó hora
para conseguir su intento.
Y por temer Don Francisco
no venga á su casa, y dentro
lo hallé Don Juan, á un amigo
(tambien como él mancebo)
para que le hiciese espaldas

le descubrió este secreto.
Fueron juntos, y logróse
el lance, y no fue el postrero;
y viendo tanta hermosura
en la dama el compañero
de Don Francisco, procura
alcanzarla, y para ello
le escribió algunos papeles
muy cariñosos y tiernos;
que cualquiera muger da
al que lo sabe de cierto,
con su liviandad, ocasion
á que tenga atrevimiento.
No le respondió á ninguno
de cuantos le escribió, y viendo
el pretensor que no hace
de su amor ningun aprecio,
procuró con más instancias
el lograr el vencimiento.
Y viéndose perseguida,
y que no valen desprecios
para que este nuevo amante
dejara de ser molesto,
á Don Francisco le dijo:
sabrás, bien mio, que entiendo
que mi marido sospecha,
tiene de como le ofendo,
por haber sido tu amigo
falso, atrevido y grosero;
que me ha perseguido tanto,
que juzgo ha dado á entenderlo.
Y Don Francisco responde,
disimulando sus celos:
si quieres asegurarte
de aqueste temido riesgo,
puedes venirme conmigo,
dueño hermoso, que prometo
de llevarte á parte, donde
los dos seguros estemos.
Y luego al punto la dama
admitió el ofrecimiento,
y respondió liberal:
mañana en la noche espero
que vengas por mí, que yo
prevenida estaré, y luego
que se despidió el galan
de la dama, hecho un veneno,

R. 22.319

se fue en busca de su amigo,
y así que lo halló, encubriendo
su enojo, se llegó á él,
diciendo: á buscarte vengo,
para que vayas conmigo
esta noche, porque llevo
una música á una dama,
con quien casarme pretendo.
Acompañóle el amigo,
y en conversacion se fueron,
hasta que llegando á un sitio,
donde nadie podia verlo,
el tralor de Don Francisco
tendió la capa, diciendo:
aquí habemos de aguardar
á los músicos, que tango
citados, y mientras vienen,
será bien que descansemos.
Puso para cabecera
la rodela y el sombrero,
acostóse, y persuadido
el amigo, hizo lo mismo:
y cuando vido que estaba
poco menos que durmiendo,
se levantó, y á la espada,
porque se hallare indefenso,
le puso el pie, y con la suya
siete veces contra el suelo
le cosió, y juzgando ya
quedaba del todo muerto,
le dejó y se fue á su casa,
cual si nada hubieta hecho.
Válgame Dios qué maldad!
qué atentado mas sangriento,
volverse contra un amigo
que le ayudaba en los riesgos!
Mas volviendo en sí el herido,
haciendo algunos esfuerzos,
arrimado á las paredes,
y muchas veces cayendo,
á la una de la noche
llegó á la puerta de un dendo
suyo, á llamar; pero eran
los golpes que dió tan quedos,
que su pariente, que estaba
en aquel tiempo despierto,
siendo permission divina,

para que por este medio
se descubriese este caso,
y se castigase luego:
con la escopeta en las manos
salió á una reja, entendiendo
que eran ladrones, que estaban
abriéndola; pero viendo
un vulto que se quejaba
con desmayados acentos,
ha dicho: quién está aí?
Y él le dijo, respondiendo,
su nombre, y de tal manera
fue, que apenas se oyó el eco,
y hasta entenderlo estuvo
dudoso como suspenso.
Y así que le conoció,
bajó, y las puertas abriendo,
del suelo le alzó á los brazos;
y llevándolo á su lecho,
alborotó á los criados,
para que fuesen corriendo
á avisar á la justicia,
en el ínterin que él mismo
iba por un confesor.
Y en breva espacio de tiempo
dijo en su declaracion,
quien así lo habia herido;
y confesadas sus culpas,
con grande arrepentimiento,
á las cuatro en punto, el alma
dió al Criador de tierra y cielo.
Y apenas el sol los montes
coronó con sus reflejos,
cuando dentro de su casa
al matador lo prendieron.
Y como esta novedad
se divulgó por el pueblo,
llegó á oídos de la dama,
y ella asustada, entendiendo
que el deshonor de su esposo
estaba ya descubierto,
recelosa del peligro,
antes que llegue á saberlo,
tomó sus oros, y cuanto
pudo hallar de valimiento,
y tapada con su manto
sola se fue al monasterio

de Santa Clara, y en él,
por medio de los empeños,
haló luego acogimiento;
y como despues se supo
todo quanto dicho de jo,
Don Juan, su hermano y sus padres:
tanto sentimiento hicieron,
que en muchos dias despues
no hubo quien pudiese verlos.
Pues de la pena oprimidos,
los dos viejos fallecieron,
y ella dentro en la clausura
supo bien estos sucesos,
sin que ignorase de todos,
ni aun siquiera el menor de ellos,
y un papel escribió, y hubo
quien porque le dió dineros,
á la cárcel lo llevase,
y respondiendole al momento
Don Francisco, desde entonces
los dos se correspondieron,
mientras que el pleyto duró,
que segun noticias tengo,
entre el prenderlo y soltarlo,
años hubo de por medio.
Y al fin le dan por sentencia
de su delito destierro,
y antes que lo echasen fuera
de aquel dilatado encierro,
á Doña Violante envia
en un billete pequeño
á decir: sabrás por este,

dueño hermoso, que me ausento
de Segovia, y ha de ser
el salir de ella muy presto,
porque es castigo, y preciso
el callar y obedecrlo.
A vivir muriendo voy,
si acaso es que vivir puedo,
sin que tenga de tu mano,
para mí divertimiento,
las letras que tantas veces
me han servido de consuelo:
y ella le envió á decir
con desesperado arresto,
y poseida del diablo,
que era el que encendia el fuego:
si te vas, y yo me quedo
en Segovia, he de haser
que ciña un lazo mi cuello,
porque acaben de una vez
mi vida y mi sentimiento.
Y si no quieres saber
que desesperada he muerto,
llévame contigo, y paga
el mucho amor que te tengo,
que para seguirte yo,
saldré de aqueste convento,
sin que me vea ninguna
de cuantas se encierran dentro.
Y lo que despues de aquesta
respuesta de tanto arresto
sucedió, en otro romance
lo diré, lector discreto.

F I N.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se refiere el desgraciado fin de esta dama; pues habiendo seducido el hermano de Doña Violante con dinero al criado que la llevaba los recados al convento, por medio de D. Francisco, pudo conseguir que al sacarla del convento, escapándolo, la llevase á su casa, con el intento de vengar en ella el agravio cometido, y el castigo que se les dió, juntamente al Cura que la confesó, por esta venganza.

No dejarás de acordarte, curioso lector, que de jo el romance antecedente en aquel despedimiento del galan, y que la dama, con determinado intento, le envió á decir saldria del convento con secreto. Pues si lo demás que falta quieres saber, oye atento aquesta segunda parte, que en la primera te ofrezco. Ufano el galan volvióle á escribir, y dispusieron, porque despues no se sepa, por los indicios lo cierto; que en una casa de campo, que está de la ciudad lejos, aguardase algunos dias, estando en ella encubierto. Y que despues el criado, que habia sido mensagero, la aguardase, y la llevára donde él aguardaba; pero no quiso de que lograsen

aqueste designio el cielo. Y así ordenó que encontrase el dicho criado (yendo al convento á ver la dama) un amigo á quien conje pidió, y para que lo diese, le contó muy por estenso cuanto tienen ordenado estos dos amantes, siendo su conversacion, á donde Don Luis los estuvo oyendo, el hermano de esta dama, el cual se fue en seguimiento del criado, y de sus dudas llegó á quedar satisfecho. Y como vió que su hermana quiere afrontarlo de nuevo, procuró luego al instante estorvarle el desacierto. Y así á Pedro se llegó, y con semblante alagüeño le dice: con mi cuñado hechas amistades tengo, para que vuelva á hacer vida mi hermana con él, y quiero

que pues tú hablas con ella,
le des ayuda á mi intento.
Que si yo llego por tí
á lograr lo que pretendo,
te ofrezco dar cien ducados,
para que puedas con ellos
remediarte: y al oír
Pedro que escuchaba atento,
este ofrecimiento, dijo,
(codicioso de los ciento):
todo cuanto de mi parte
estuviere, hacer ofrezco,
para que llegue á surtir
lo que usted desea, efecto.
Y Don Luis, dijo: como
lo hagas así, será cierto
lo que te he dicho, y tendrás
en mí, á fe de caballero,
un amigo que te valga
en cualquier lance de empeño.
Con esto se fue, y quedó,
Pedro con mucho contento,
por juzgar de que tenia
feliz logrado aquel premio.
Y porque en la dilacion
se aventuraba el perderlo,
procuró sacar la dama,
conforme lo habia dispuesto,
por letras que habia llevado
(el destreal á su dueño)
á la cárcel, quando estaba
á los fines de estar preso.
Y para que se lograra
con presteza su deseo,
y ella pueda disfrazarse,
y en su intento ir prosiguiendo,
dentro de un cesto metió
de paño un vestido nuevo
de hombre, y para que fuese
libre de que puedan verlo,
le tapó muy bien con yerba,
y encima le fue poniendo
de aquella fruta que daba
generosamente el tiempo.
Embióle este regalo,
y un papel, en que advirtiéndole
le iba, de que estuviere
sola al irlo descubriendo,

y que no se descuidára,
é hiciera manifesto
á alguna de sus amigas
aquel oculto secreto,
y ella embió en la respuesta
á decir la hora y puesto
en que aguarde, que saldria
aquella noche de cierto.
Y al apagarse en el mar
la antorcha del curso cielo,
se empezó á vestir de luto
toda la region del viento,
quitando las densas nubes
el brillante lucimiento
á aquellas que siempre son
esmalte del firmamento.
Y quando estaba la noche
con mas quietud y silencio,
y las personas gozaban
del descanso en el sosiego
que les concede la imágen
de la muerte, que es el sueño.
Subió á un cuarto donde habia
esteras y trastos viejos,
que le sirvieron de escala,
para que llegase al techo;
y de una viga unas sogas
ató fuertemente, y luego
llegó á un tabique (que sirve
de pared en un testero,
y que del tiempo arruinado,
se estaba casi cayendo)
y con un maulillo grande
le tiró golpes tan recios,
que no fue menester llegue
á egecutar el tercero,
para que sobre un tejado
se cayese, y á él saliendo
Doña Violante, se fue
por las sogas escurriendo,
derribando muchas tejar,
al ir arrastrando el cuerpo,
hasta bajarse á la calle,
y apenas tocó en el suelo
con las plantas, quando dijo
á Pedro: vámonos presto,
no sea que se alborote
el barrio con el estruendo,

y con paso acelerado
de allí se ausentaron, yendo
Pedro delante guiando,
y ella le iba siguiendo
alegre, porque juzgaba
lograr mas feliz suceso.
Y por calles escuzadas
van dando muchos rodeos,
hasta llegar á la casa
de Don Juan, donde fingiendo,
entró Pedro, que allí tiene
dos caballos, porque en ellos
pudiesen de la ciudad
salir, del peligro viendo.
Y aunque esta dama tenia
bastante conocimiento
de la casa, con la mucha
obscuridad, á perderlo
llegó; y así se fue entrando,
si viendo de vista el tieno.
Y á tiempo que habia pasado
ya de la puerta del medio,
oyó á Don Luis que dijo:
Pedro, mucho te agradezco
el cuidado que has tenido,
ven mañana, y nos veremos,
y llevarás hácia allá
el dinero que te debo.
Sobresaltose Violante,
y quiso salirse huyendo
disimulada á la calle;
pero sintió que la asieron
de un brazo, y como callando
la guiaban; y entendiendo
que era Pedro, le signió
aunque con algun recelo.
Mas en llegando á una sala
baja, donde estaba ardiendo
una luz, reconoció
que era su peligro cierto;
porque en manos de su hermano
se halló, y vió que del asiento
su esposo se levantó,
y que su furioso ceño
daba inestras de su enojo:
y que irritado y soberbio
su hermano, dijo: traidora,
tu delito al paradero

te ha traído, pues ya aquí
tus livianos pensamientos
cesarán, y la deshonra
que yo y tu esposo tenemos
por ti, con tu propia sangre
tendrá fin tambien; y oyendo
estas palabras, turbada
se ha arrodillado en el suelo,
diciendo: Hermano querido,
esposo y señor, ya veo
que Dios quiere de que pague
las ofensas que os he hecho.
Mas antes que de la vida
me desposeais, os ruego
me traigan un confesor,
porque las culpas que tengo
son tantas, que ha de perderse,
si muero, y no me confieso,
no mi alma, y así por Cristo
á suplicároslo vuelvo.
Y aunque de la ofensa estaban
irritados, no por eso
se dieron á la venganza
de su agravio, luego, luego,
que se antepuso á la ira
piadoso el cristiano celo.
Y sin repugnancia entrambos
uniformes estuvieron,
para que de lo que pide
se procure el cumplimiento.
Y para ello Don Luis
salió, y con paso ligero
á Santa María llegó,
y llamó al Cura, diciendo,
que á su cuñado habia dado
en aquel instante mesmo
de repente un accidente,
y que se queda muriendo:
que le hiciese favor
de irlo á confesar, y el lecho
dejó, y para poder ir
á confesarlo mas presto,
por la calle iba, y se iba
acabando de ir vistiendo.
Entró en casa de Don Juan,
y halló de que era incierto
lo que Don Luis le dijo;
pero estuvo oyendo atento

de penitencia á Violante,
y así que la hubo absuelto,
entraron los ofendidos,
y sacando los Aceros
de la opresion de la vayne,
furiosamente con ellos,
dando á su yerro castigo,
en el cristal de su pecho,
para que saliese el alma,
catorce puertas le abrieron;
siendo su hermano Don Luis
el que ejecotó primero
el rigor, y á las heridas
las puso mas en aumento.
Y en fin, ya desposeido
de los vitales alientos
el cuerpo, piden al Cura
con todo encarecimiento,
les ayudate á encubrir
el delito, concediendo
de que en la iglesia le den
sepultura; y por respetos
humanos, luego al instante
se fue al sacristan, pidiendo
las llaves, diciendo iba
á sacar los Sacramentos,
para llevarlos ocultos
dentro del pecho al enfermo.
Dióselas, y en breve rato
que les dió consentimiento,
al cadáver sepultara
en una bóveda dieron.
Y cuando al amanecer
fue el sacristan acudiendo
á su obligacion, halló
manchas de sangre en el suelo.
Al Provisor fue á dar cuenta
de esta novedad, y el clero
á la justicia seglar
envió á avisar corriendo,
y á las puertas de la iglesia
se juntae á un mismo tiempo,
y de la bóveda sacan
de Doña Violante el cuerpo,
que en traje de hombre vestida,

quien és está desmintiendo.
En fin vieron las heridas,
y quien és reconocieron,
y por las gotas de sangre
que al llevarla fue vertiendo.
Supieron muy bien la casa
adonde estaban los reos,
y á Don Juan y Don Luis
los prendieron, y sabiendo
de Pedro la infame venta,
tambien lo llevaron preso.
Y en la cárcel del Obispo
sucedió al Cura lo mesmo,
y al cuarto dia á Don Juan
lo echan libre, y prosiguiendo
en los autos de justicia,
al cabo de año y medio
de prision, dieron al Cura
por castigo de su yerro,
que no celebrára misa,
ni epístola, ni evangelio
cante, y en un hospital
está á los pobres sirviendo,
rodeado de miserias
para ganar su sustento,
y á los diez y nueve meses
se feneció aqueste pleyto,
porque Don Luis en Madrid
se indultó por tres mil pesos.
Con que quedó de esta muerte
libre, y sacaron á Pedro
de la cárcel por las calles,
sacudiéronle doscientos
azotes, y por diez años
despues, fue á bogar un remo.
Aquí pueden los amantes
tomar alguna escarmiento,
y consideren, que amor
hace á los que aman ciegos,
y que por seguir el gusto,
caen antes en el despeño.
Y aquí Juan Perez suplica
á cuantos están oyendo
aquesta trágica historia,
que le perdonen los yerros.

F I N.

*En Valencia: por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, núm. 18.
en donde se hallarán otros muchos, año 1822.*